

LA NOVELA
del SABADO



LA CASA SIN HOMBRE



Felipe Sassone

N.º 9

Un español, de viaje por Perú, contrata con Micaela los servicios de habitación y comida.

"LA SUD AMERICA"

Compañía de Seguros sobre la Vida
Fundada en 1895

Inscrita en el Brasil con el nombre de

"SUL AMERICA"

Establecida en España desde 1922

Dirección General para España

M A D R I D

Plaza de Cánovas, número 4

(Inmueble propiedad de la Compañía)

Teléfonos:

39 02 01, 39 02 02, 39 02 03, 39 02 04, 39 02 05,
39 44 00, 39 44 08, 39 44 09

Apartado: 871

Subdirección en BARCELONA

Ronda de San Pedro, 3

(Inmueble propiedad de la Compañía)

Teléfonos: 21 31 18 y 21 31 19

A G E N C I A S

MADRID: Plaza de Cánovas, 4. Teléfonos:
39 02 01, 02, 03, 04, 05, 39 44 00, 08, 09.

BARCELONA: Ronda de San Pedro, 3. Te-
léfonos: 21 31 18 y 21 31 19.

VALENCIA: Plaza del Caudillo, 8. Teléfo-
no 12164.

SEVILLA: Plaza de Calvo Sotelo, 6. (Edifi-
cio propio.) Teléfono 21744.

ZARAGOZA: Don Jaime I, 43. Teléf. 30554.

SAN SEBASTIAN: Oquendo, 12. Teléf. 10009.

VALLADOLID: Menéndez Pelayo, 4. Telé-
fono 20 05.

BILBAO: Elcano, 14. Teléfono 16954.

LEON: Ordoño II, 8. Teléfono 22 27.

VIGO: Policarpo Sanz, 22. Teléfono 31 19.

OVIEDO: Uria, 70. Teléfono 47 39.

GRANADA: Ganivet, 27.

Representantes en todas las provincias de España

Delegado y Director general para España:

Don Gaspar Escuder Berga



**VIAJE COLECTIVO A
BAYREUTH**
FESTIVAL MUSICAL DE
RICARDO WAGNER

●
ITINERARIO "A"

SALIDA DE MADRID EL 17 DE JULIO
REGRESO EL 4 DE AGOSTO
PARIS: ESTANCIA DE DOS DIAS A LA IDA
Y DOS A LA VUELTA
EN BAYREUTH NUEVE DIAS

ITINERARIO "B"

SALIDA DE MADRID EL DIA 1 DE AGOSTO
REGRESO EL DIA 20
EN PARIS ESTANCIA DE DOS DIAS A LA IDA
Y DOS A LA VUELTA
EN BAYREUTH DIEZ DIAS

En estos dos itinerarios se asistirá a las siguientes representaciones

"LOHENGRIN", "PARSIFAL", "EL ORO DEL
RHIN", "LAS WALKIRIAS", "SIGFRIDO", "EL
OCASO DE LOS DIOS", "TRISTAN E ISEO"
Y EL "ANILLO DE LOS NIBELUNGOS"

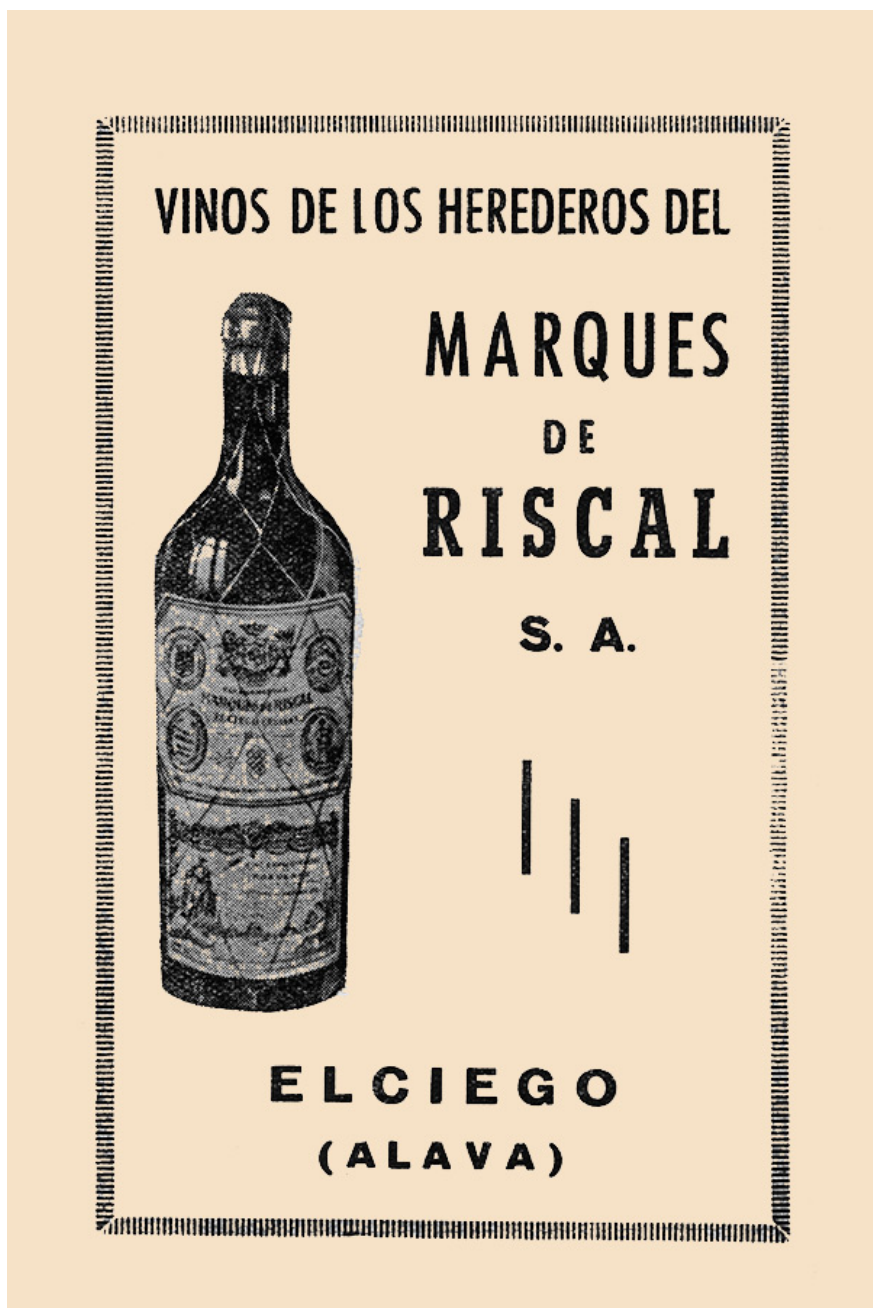
ESTAS INSCRIPCIONES SE CERRARAN
QUINCE DIAS ANTES DE LA SALIDA

VIAJE ORGANIZADO POR:

WAGONS-LITS // COOK

(A. V. G. A. T. 5)

Informes e inscripciones en Madrid
Alcalá, 23 - Calvo Sotelo, 14, y Palace Hotel,
o en cualquiera de nuestras agencias de toda
España



S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.

MARCONI

★ **CALIDAD.**
★ **SELECTIVIDAD.**
★ **FIDELIDAD.**

Son las principales características del receptor
L-155

**AGENCIAS Y DISTRIBUIDORES
EN TODAS LAS CAPITALES**

The advertisement features a central illustration of a vintage Marconi receiver, model L-155, with a prominent speaker grille. Above the receiver is the Marconi logo, a circular emblem containing a lightning bolt, with the word 'MARCONI' in a bold, black, sans-serif font across its center. The background is a light beige color with a radial pattern of fine lines emanating from behind the logo. The text 'CALIDAD.', 'SELECTIVIDAD.', and 'FIDELIDAD.' is written in large, bold, black letters, each preceded by a five-pointed star. A tilted rectangular box contains the text 'Son las principales características del receptor' in a cursive script, followed by 'L-155' in large, bold, black letters. At the bottom, the text 'AGENCIAS Y DISTRIBUIDORES EN TODAS LAS CAPITALES' is printed in a bold, black, sans-serif font. The entire advertisement is framed by a thin black border.

UN CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

«LA NOVELA DEL SABADO»

abre un Concurso entre los escritores españoles e hispano-americanos de lengua castellana, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica, para premiar una novela corta con arreglo a las siguientes

BASES

PRIMERA.—La novela será absoluta y rigurosamente inédita y de una extensión que oscilará entre las ochenta y cinco y noventa y dos cuartillas corrientes, mecanografiadas y a doble espacio, cuya equivalencia en folios o en holandesas es de un máximo de 1.700 líneas del ancho normal en el papel de esas dimensiones. Será rechazada toda novela cuyas dimensiones no se acomoden a los límites señalados.

SEGUNDA.—De la novela se remitirán a «La NOVELA DEL SABADO»—calle de Valverde, 30, Madrid—tres ejemplares sin firma, acompañados de una plica con el nombre del autor y su domicilio.

TERCERA.—Se concederá un Premio de Honor dotado con VEINTE MIL PESETAS al que resulte autor de la novela elegida.

CUARTA.—El original premiado quedará de la propiedad de «LA NOVELA DEL SABADO», durante el espacio de un año siguiente al de la fecha de su publicación.

QUINTA.—«LA NOVELA DEL SABADO» ofrecerá a sus autores la adquisición de aquellos originales que considere merecedores de ser publicados.

SEXTA.—Sobre el concurso no se admitirá correspondencia alguna y será devuelto a su autor todo original recomendado.

SEPTIMA.—El plazo de admisión de originales se cerrará el día 15 de septiembre, a las dos de la tarde.

OCTAVA.—Un Jurado designado al efecto, cuya composición se hará pública en su momento oportuno, emitirá su fallo a la brevedad posible.

PROXIMOS NUMEROS

El loco.—Miguel Delibes. (Premio Nadal.)
La pequeña vida.—Ana María Matute.

NUMEROS PUBLICADOS

1. Luisa, el profesor y yo.—José María Pemán.
 2. Trayecto uno.—Elena Quiroga.
 3. La canción del recuerdo.—César González-Ruano.
 4. Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull.—
Enrique Jardiel Poncela.
 5. Los Amores de Antonio y Cristina.—Pío Baroja.
 6. Café de Artistas.—Camilo José Cela.
 7. El noviazgo.—Carmen Laforet.
 8. La gota de sangre.—Emilia Pardo Bazán.
-

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30, Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

—¿Traerá usted mucho equipaje? —preguntó la mujer.

Y respondió el hombre, con un tono sencillo y modesto:

—Nada..., muy poco: una maleta, una guitarra, mi escopeta y un perro.

—¿Un perro también? ¡Caramba!

—No la molestará, está bien educado. Es un perro setter, muy fino; tranquilo y humilde, porque es inteligentísimo. Yo soy muy cazador. ¿Me acepta usted?

—¡Ay, no sé! —respondió ella—. Si el perro es limpio..., como además hay jardín...

Estaban en el comedor de la casa, una pequeña habitación rectangular, muy clara, de paredes desnudas. Con pinturas al fresco de asunto bucólico, tan viejas ya que aparecían borrosas, desvaídos los colores y con leves desconchaduras. No había más muebles que un antiguo aparador de roble y seis sillas de cuero en torno al disco de la mesa cubierto con un hule blanquísimo y pulquérrimo. En una jaula de latón, colgada junto a una ventana, dormía un loro acurrucado, oculta la cabeza entre las alas plegadas, como la Victoria de Samotracia o como una esponja verde y amarilla. Por la ventana y por la puerta, abiertas las dos de par en par, se veía el huerto en la parte trasera de la casa, al cual podía descenderse por unas pocas gradas de piedra. Eran unos doscientos metros cuadrados de terreno, cercado por tapias de adobes sobre cuyas bardas nevaban los jazmineiros y entre el césped bien peinado, de un verde tierno, de crisopacio, rojeaban unos tomates, y en naranjos y magnolios, lucían, en contraste con la fronda de bronce, el oro

redondo del fruto y la perla oblonga de la flor. En los senderos picoteaban unas palomas blancas y grises. Mediaba una de las últimas tardes de enero y era en la plenitud del estío, porque era en tierras del Perú, a unos quince kilómetros escasos de la aristocrática y mística Lima del marqués don Francisco Pizarro y de Santa Rosa, en un lugar llamado La Magdalena Nueva, villorrio que empezaba a organizarse en barrio residencial, a imitación de los caseríos elegantes de Miraflores, Barranco y Chorrillos por donde la capital le va ganando caminos al mar. Aquello iba a sumarse a la ciudad nueva, y era menos urbe, como no tenía oficinas, ni bancos comerciales, ni grandes almacenes, ni teatros, ni casas de vecinos. En el villorrio —campo todavía— eran escasas las viviendas, y esta a que nos referimos, aparecía a la vez vieja y nueva, con una vejez sin estilo y una novedad que procuraba hacérselo. Como si el edificio se hubiera construido a retazos, lentamente, espaciadamente, refaccionado, reformado y recompuesto en muchas etapas. Delante del cancel, en la parte fronteriza, reentrante y empotrado, daban acceso al interior tres gradas de piedra, como las que en la parte trasera bajaban al huerto, y ante ellas se abría un sendero de hormigón, orillado de arrayán, que dividía en dos porciones un jardinillo, hasta la cancela de entrada, alineadas las lanzas de hierro de la reja entre dos pilstras de rojos ladrillos rematadas por dos cándidas y grandes bolas de escayola. Era el único edificio que se levantaba con un piso más entre otras casucas de una sola planta, separadas —pero no solariegas—, diseminadas en el campo todavía sin urbanizar, y eran ranchos, casi chozas, con pardos muros de quincha, sin alegría de aleros ni de tejas. La casona —la llamaremos así, aunque no era grande— aparecía blanca y flamante, con dos miradores de madera tallada, saledizos y celosías del tiempo del coloniaje, y balcones y ventanas de hierro forjado, con vegetales colgadas de buganvillas rojas y moradas, todo a imitación de ese barroco todavía español que se calienta al sol de California.

La mente del visitante, que viajero empedernido era nuestro héroe, recordaba aquel rincón de los Estados Unidos sin rascacielos, horizontal y sonriente, sin humos de fábricas, muy al gusto de los pelicularos de «Hoyiwood», con sus hotelitos alegres —«villini», diría un italiano— entre una vegetación frondosa de flores y frutos enormes, con más color que sabor y perfume. En la casona el estilo se adulteraba un poco por la mano de obra indígena, y aunque sin los muros ciclópeos de la fortaleza de Sacsahuaman, en el blanco cemento moderno trepaba a trechos el escalonado incaico, y había puertas con dinteles superpuestos, y vanos de ventanas cruciformes y trapezoidales, como en las casas y templos cuzqueños. Así los había visto ya en otros barrios residenciales limeños; pero en el villorrio, esta casona única, precursora promesa, acicate y ejemplo, aparecía con un extraño señorío, en un ámbito lleno de aromas de magnolias, jazmines, claveles y flores de azahar. En el jardín delantero daban a la mansión un aire antiguo, linajudo y grave los conos, de un verde aterciopelado y oscuro, de los cipreses, como una inmóvil procesión de encapuchados, y los abanicos tendidos y horizontales de las araucarias, como pagodas de verdura, y el plumón ostentoso de una gran palmera, reminiscencia africana y romana, que se recortaba quieta, solitaria y nostálgica, en el claro azul de un cielo tibio y desmayado.

En el comedor, sentados ante la mesa central, ama y visitante proseguían su departir.

Ella, después de meditar un punto, exclamó:

—Bueno, y ¿cómo se llama usted? ¿Qué es usted?

—¿Quiere usted hacer más averiguaciones? —preguntó el hombre a su vez con cierta soma.

—No —repuso el ama muy seria—. Quería sólo saber su nombre y condición. Ya me ha dicho usted bastante; pero, como no pasó usted tarjeta, no he retenido su nombre.

—Soy español y me llamo Santiago, o mejor, Jaime, que así me han dicho siempre en mi casa —y suspiró, como si le

mordiese un recuerdo lejano y triste. Luego agregó—: Soy vasco, como usted.

La mujer enarcó las cejas y protestó sin acritud:

—No, señor; yo soy peruana, limeña...

—Si —le interrumpió el hombre—; pero me refiero al origen, a la sangre. ¿Su padre de usted no era de Bilbao?

—Sí, señor; pero mi mamá era de aquí, y yo soy chola. ¿Sabe usted lo que quiere decir chola?

—Sí —y se quedó un instante mirándola en silencio.

Por encima de la mesa sólo podía apreciar el busto, torneado —la forma de ánfora de las mujeres muy siglo XIX— que moldeaba muy ceñida, una blusa de punto de un color rojo-oscuro de vino hecho. También podían admirar el remate: la cabeza armoniosa y no muy grande, era una dolicocefala morena; la frente despejada y tersa, un tono de marfil antiguo bajo los cabellos negríssimos, como las pupilas, que en el lánguido mirar dulce relampagueaban de repente como para no dormirse. Tenía recta, ni breve ni larga, la nariz, un poco hinchada en la extremidad, vibrantes las alas, como era corta de aliento, y así, al tomarlo con frecuencia, le palpitaba también el buche como a las palomas del jardín. La boca, de labios sinuosos, con dos picos en forma de corazón, temblaba, casi imperceptiblemente inquieta, en una mueca levísima y vaga, como si preludiasen el sollozo o la sonrisa. No, no tenía aquella mujer ninguna de las características de la raza vascuence. Por el contrario, se las deshacían y borraban el corte en forma de almendra de los párpados, muy rasgados, un poco oblicuos de arriba a abajo, de las sienes a los lagrimales, y el alabeo de los pómulos brillantes, como un lejano rezago de una lejana ascendente mogólica. ¿La madre, tal vez más chola, más china chola, que esta cholita peruana? Desde luego era una indoeuropea, no cabía duda; mejor y más claro, una hispanoamericana, una criolla del Perú, con muchas gotas de sangre latina y aun mora en las venas que le azuleaban serpenteando por la frente y las mejillas, tras la blanca mate

de la piel casi transparente, de un blanco de nardo moreno. ¿Mora, nardo? —se repitió el visitante—, y pensó en otra ascendencia, de carácter andaluz, más cercana, que podía haber llegado por ramas de la familia materna. ¿Una mocita color de verde aceituna clara o de trigo maduro, como esas que pintaba sin relieve, como calcomanías, pero con una gracia deliciosa de primitivo italiano, el cordobés Julio Romero de Torres? No. Una mocita no era ya, la mujer hecha, que pasaría en poco más de un lustro los treinta años. Pero de todas suertes, era un hermoso y sabroso fruto de otoño. Entre las dos cortinas negras, alas de cuervo, de su peinado liso, abierto en dos aladares, se recortaba el óvalo purísimo del rostro, con su tono de corteza de pan caliente, como el de una «madonna» del Renacimiento. Pero no de Virgen dolorosa; de «madonna», para decir y entender el vocablo italiano en su significación natural y primera —«mía donna, donna mía», mi señora, mi dama, mi mujer— con un sentido de admiración pagana, de orgullo o de respeto galante, que no de fervor místico y religioso. Cara para un lienzo de salón palaciego, no para retablo de iglesia; aunque, sin malicia, incapaz de sugerir un pensamiento feo y torpe en el recato sosegado y casi humilde de su serenidad.

La mujer se sintió mirada y remirada en el breve silencio, y decidió romperlo:

—¿Cómo sabe usted, pues, que mi papá era vasco? —decía «mi papá», no mi padre, y le silbaban las eses.

El hombre sonrió, franco y jovial:

—Sé muchas más cosas de usted. Sé que se llama usted Micaela...

—¡Ah! —y casi hubo un reproche en el tono de voz de la mujer—. Es usted, por lo visto, el que ha hecho averiguaciones.

—No —repuso Jaime—. He sabido lo que sé sin pretenderlo, y casi todo me lo ha dicho esta casa —y como ella quisiera interrumpirle, la acalló con un ademán, pidiéndole esperar—: Como ya le dije al llegar, llevo apenas ocho días

en Lima. Me conviene, por... por lo que sea, no me pregunte usted, no soy un malhechor, y tengo mis papeles en regla, y puedo lícitamente quedarme en el país cuanto... me venga en gana, y creo que mi estancia ha de ser larga. La ciudad me gusta; pero es mucho más populosa de lo que yo creí, es, desde luego, una gran ciudad, y yo quiero vivir un poco solo, apartado. Visité todos los alrededores, Miraflores. Barranco...; son barrios aristocráticos y muy poblados, y, buscando algo más solitario, llegué hasta aquí. Pregunté en el puesto en que surten de gasolina a los automóviles, si había alguna casa confortable donde alquilaran una habitación, y un chico muy solícito me informó: Sí, «señorsito», hay una muy bonita, pues, donde ceden un cuarto, por lo menos así lo avisan en la fachada. No hay otra en todo el pueblo. «"Aquisito" no más es: sigue por ese camino y la verá; le dicen el "chalesito" de la señora Miquita». Comprendí que, como casi todo lo que me decía, Miquita era también un diminutivo gracioso. Los peruanos lo empequeñecéis todo graciosamente: el café, el pan, el tiempo, el lugar: el «cafesito», el «pansito», «ahorita», «aquisito»...

Micaela asintió al fin con una sonrisa que descubrió sus dientes todos iguales, apretados y blancos, de animalito carnicero:

—Sí, señor, somos... mimosos. ¿No se dice así en España?

—Sí, señora. Y yo me dije: Miquita, diminutivo de Mica; Mica, contracción o apócope de Micaela. ¡Y acerté!

Ella siguió sonriendo.

—Ya veo que es usted muy pícaro.

—¿Pícaro, por qué?

—Bueno, muy sabido. Listo, quiero decir.

—En fin, ¿quedamos? —concluyó él.

Ahora fué ella la que le respondió con un ademán, pidiendo calma: